

GUILLERMO OLIVETO

CLASE MEDIA

MITO, REALIDAD O NOSTALGIA



La sociedad argentina, entre la
mutación genética y la esperanza realista

PAIDÓS

GUILLERMO OLIVETO

CLASE MEDIA

MITO, REALIDAD O NOSTALGIA

La sociedad argentina, entre la mutación genética
y la esperanza realista

PAIDÓS

ÍNDICE

Introducción	13
Una distancia cercana	16
Lo inédito	20
El futuro de la clase media	23
Un ensayo	25

PARTE I

LA MUTACIÓN GENÉTICA

Capítulo 1. Clases sociales digitales	33
La insociable sociabilidad	38
La clase media como virtud	41
Modelos imperfectos	44
Ser y parecer	46

Capítulo 2. El mito fundante	53
La clase media como arquetipo	56
El poder de los mitos	62
La amalgama simbólica	65
 Capítulo 3. El algoritmo de la clase	
media argentina	73
Una historia donde ser.	75
Falsas antinomias.	82
Bendición y complejidad	84
El dique de contención	88
 Capítulo 4. La mutación genética	93
Dos genes en disputa feroz	98
El paraíso perdido	100
Mitos fundantes en peligro	106
 Capítulo 5. La agonía de la identidad nacional	109
Arenas movedizas	116
Sueños degradados: de la casa propia a llenar la heladera	122
 Capítulo 6. La nueva sociedad <i>patchwork</i>	129
Velocidad y degradación	131
Mafalda se diluye.	134
Los retazos del <i>patchwork</i>	137
Entre el brillo y la opacidad	142

PARTE 2

LA ESPERANZA REALISTA

Capítulo 7. Consumir para ser.	147
¿Qué compra la clase media?	155
El buen vivir	160
 Capítulo 8. El malestar del bienestar.	165
La felicidad “imposible”	170
El malestar en la cultura	173
¿Por qué crece el malestar?	180
 Capítulo 9. El gran <i>reset</i>.	187
Contrastes y abismos	192
El trauma	196
Cruzar el Rubicón	201
Transitar el desierto	205
 Capítulo 10. Una esperanza realista.	211
Sociedad punk	214
La <i>startup</i> que hackeó el sistema	218
Una utopía... ¿posible?	222
Esperanza con templanza	224
 Capítulo 11. El Consenso de Silicon Valley	231
El narrador	233
Los noventa <i>tech</i>	236
Velocidad y aceleración	244

Simplemente mirar	250
Ordenar el pensamiento	252
Palabras con aura	256
Epílogo. La fuerza y el poder de la esperanza	267
¿Spotify o Napster?	272
La frágil fortaleza	278
Agradecimientos	283

INTRODUCCIÓN

“**N**O TRATEN DE ENTENDERLO”.
Caos y alegría. Celebración y desmesura.

Felicidad gregaria y riesgo personal.

Pasiones desbordadas que no aceptan límites ni son posibles de ser gestionadas con prestancia. Una excitación locuaz, desordenada, profusa, tan apta para la seducción como para el agotamiento.

Sobrevivientes de mil batallas, los argentinos despliegan un talento extraordinario para la adaptación, la capacidad de reacción y la resiliencia. Habitúes de una montaña rusa eterna, dominan el vértigo y la aceleración. Viven en 2X.

Del mismo modo exhiben una dificultad intrínseca para la estabilidad, la previsibilidad y el orden. Les resulta extraño transitar la parsimonia de la normalidad. Si bien,

por escaso, lo normal se constituye como un eje central del deseo colectivo, tiene, para una forma de ser tan emocional y vigorosa, cierto dejo de chatura. Coquetea con el aburrimiento, carece de *sex appeal*.

Los rasgos históricos de una sociedad intrigante se cruzan y se amontonan alrededor de un conjunto de contradicciones y ambigüedades.

La sintética pero polisémica frase que da inicio a este ensayo fue posteada en Instagram por Lionel Messi en el marco de los demenciales festejos callejeros del 20 de diciembre de 2022.

El tercer campeonato del mundo logrado en la exótica Qatar había comenzado con una inesperada derrota frente a un equipo de un porte menor: Arabia Saudita. El día posterior a la caída, el aire de las principales ciudades del país se volvió pesado, asfixiante. La nube negra se posó sobre cada rincón de la Argentina. Los fantasmas del fracaso habían sido convocados nuevamente.

Aquel mundial de fútbol concluyó con un triunfo merecido y agónico frente a la poderosa Francia de Kylian Mbappé. El partido tuvo un devenir para el infarto. La catarsis posterior adquirió una dimensión épica.

Se calcula que entre cuatro y seis millones de personas se agolparon en la vía pública para no ver prácticamente nada de lo que esperaban. A nadie le importó demasiado. Estar ahí se trataba de otra cosa. Lo vitorearon todo. Cantaron y bailaron bajo un sol agobiante, desbordando adrenalina y sudor hasta alcanzar el éxtasis.

Ese instante de la historia aglutinó, como pocos, lo que para tantos resulta indescifrable. Las cuatro palabras que eligió Messi contenían múltiples significados. Tenían como antecedente un momento amargo: la derrota en la semifinal de la Copa América 2019 frente a Brasil. Abrumado por la desazón de perder otra oportunidad, pero gratificado por el apoyo de los hinchas, el ídolo dijo: “Argentina, no lo entenderías”.

Hubiera sido difícil para muchos analistas sociales condensar mejor los trazos de la identidad nacional en dos expresiones tan breves, una hija del fracaso y la otra, del éxito. Los dos extremos del carácter pendular en el que oscila la argentinidad. En ambos, la imposibilidad de entender, la fisonomía encriptada, el código indescifrable.

Sendos conceptos, que en realidad son uno solo, retrataban con agudeza a un colectivo social que se define por una superposición de contradicciones y ambigüedades. Expresiones *a priori* inconexas para el observador distante, pero cargadas de sentido para quien sabe interpretarlas. Son registros que se organizan alrededor de una manera de ser que, aún hoy, resulta una incógnita. Un rompecabezas imposible. Para la gran mayoría no vale la pena intentar armarlo. Es una pérdida de tiempo.

La figura de referencia, la imagen que debe servir como guía, es tan confusa que únicamente los avezados pueden resolver dónde van las piezas. El gran resto sigue preguntándose lo mismo que desvelaba hace más de un siglo a unos pocos intelectuales osados. Conscientes de la dificultad, se atrevieron a involucrarse en una tarea que llevaba

la impronta de la hazaña: decodificar de qué se trata ser argentinos. Pretendían entenderlo y así poder explicarlo.

Alborotados por un entorno siempre convulso, amenazante, en el que se presumía escondida una plétora de oportunidades, eran los propios argentinos los que no tenían ni tiempo ni vocación de pensarse a sí mismos. Coagularían así sus vicios y virtudes sin poder trabajar para atenuar los primeros ni para exaltar los segundos.

UNA DISTANCIA CERCANA

Aun a riesgo de resultar poco exhaustivo, me parece valioso recordar aquello que un español, profundo conocedor y estudioso de la Argentina, dijo de nosotros. Por cierto, España tiene con nuestro país esa “distancia cercana” que les brinda a sus pensadores una perspectiva única. Logran acercarse al meollo de la cuestión sin perder la capacidad de asombro. El hecho de mantenerse curiosos ante su objeto de estudio los volvió cada vez más exhaustivos.

No es posible soslayar que toda opinión es manifestada por un sujeto, por lo que jamás puede quedar ajena a la subjetividad. Teniendo en cuenta este sesgo, tan exacerbado en la era actual de las cámaras de eco y las burbujas de información, se puede distinguir la intención verdadera de la falaz.

José Ortega y Gasset procuró con ahínco, desde el respeto y el aprecio, hacer el intento y correr el riesgo de definirnos. Realizó tres viajes al país. El primero de ellos, cargado de preguntas, en 1916. El segundo, ya como figura

consagrada y trayendo muchas reflexiones de extrema agudeza, en 1928. El tercero y último fue en 1940. Se quedaría por dos años, huyendo de la Guerra Civil española. Y haría el intento de conmover para dejar asentado su legado y su cariño por este pueblo que para él resultó entrañable.

Lo primero que detectó fue una identidad en construcción, plagada de desequilibrios. También, un aspecto que juzgó como una virtud: vocación y talento para “absorber hombres de toda oriundez, raza, religión”. Entre los desequilibrios, ya entonces le llamó la atención la desproporción entre “la preocupación económica y el resto de nuestras actividades”. Al regresar a su país, luego del primer viaje, apreciando ese ser nacional en plena ebullición y formación, escribió sus primeras reflexiones.

Dijo algo que, con el paso de los años, terminaría adquiriendo mayor densidad en su pensamiento y en su obra: “Cada pueblo es el ensayo de una nueva manera de vivir y que trae sobre sus hombros, como un escultor en su mente, la misión de crear una nueva figura y gesto de hombre... ¿Cuál será la figura espiritual argentina que hoy está aún medio enterrada en vuestra tierra? No sé cuál será esa figura; pero me alejo de esta costa austral seguro de que será”. En 1924, desde la distancia cercana, publicó un texto titulado “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”. Ya más crítico, plantea:

La impresión que una generación nueva produce solo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas:

esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira –¿por qué no decirlo?– más esperanza que confianza. [...] No basta la curiosidad para ir hacia las cosas: hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas [...] la nueva generación necesita completar sus magníficas potencias con una rigurosa disciplina interior.

Los desequilibrios que había detectado inicialmente tomaban cuerpo en su pensamiento. Señalando un narcisismo desmesurado, que se había acostumbrado a “tomar posturas por delante de las cosas”, es decir, a opinar antes de analizar, procurando luego que la realidad se adecuara al juicio previo, hace un llamamiento a la interioridad, la humildad y la reflexión: “Veo [...] un apresurado afán de reformar el Universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de afuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad”.

En su segundo viaje, el de 1928, su visión se hace más nítida. Ya no es ni tan esperanzada ni tan abierta al descubrimiento como en el primer caso, y tiene el registro suficiente para comenzar a formular conclusiones. Trazando una relación con la fisonomía de la eterna llanura que es la pampa, sorprende con una argumentación audaz. Dice: “Normalmente el paisaje vive de su primer término”, es decir, lo primero que uno ve. Esto no es así en estas tierras, porque “la Pampa vive de su confín”. “En ella lo próximo es pura área geométrica, es simplemente tierra, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual acá que allá. No hay razón alguna para fijarse en este sitio más que en aquel o en otro”.

De este particular enfoque, el filósofo español obtiene una conclusión aguda: si las cosas en la Pampa “son la constante y omnímoda promesa”, esa fisonomía territorial configura nuestro ser. Propone entonces una idea central que señala su principal sospecha: “Acaso lo esencial de la vida argentina es eso, ser promesa”.

En el profuso trabajo que realizó para desentrañar lo que Ortega concluyó sobre nuestro ser nacional, Pablo Etchebehere, doctor en Filosofía, docente de la materia en la Universidad Católica Argentina y bibliotecario en su Facultad de Teología, se pregunta qué significa para Ortega “ser promesa”. Y se responde con las propias palabras del filósofo: “Cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad”.

Se juntan así en las conclusiones del pensador español lo ya señalado sobre el narcisismo y la carencia de interioridad: “La altanería de los proyectos tiene algunos inconvenientes. Cuanto más elevado sea el módulo de vida que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto –lo que queremos ser– y la situación real –lo que aún somos–. Mientras llevemos clara la partida doble que es toda vida –proyecto y situación– solo ventajas rinde lo magnánimo”.

Lanza luego una advertencia: “Si de puro mirar el proyecto de nosotros mismos olvidamos que aún no lo hemos alcanzado, acabaremos por creernos ya en perfección”. No se trata de un pensamiento de ocasión, sino que lo desarrolla ampliamente: “El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es su

persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee [...] la nación argentina, pertenecer a este pueblo es un motivo de orgullo elemental, indiscutible, previo, que actúa en todo argentino”.

Siendo el ser nacional una eterna promesa en que la ilusión se confunde con la realidad y se da por consumado aquello que resulta un espejismo, lo que sospecha Ortega es que el problema es de difícil solución, en tanto está arraigado en el fondo de ese ser nacional que, habiendo estado en construcción, comenzaba a consolidarse. Con preocupación afirmó que “el argentino típico no tiene más vocación que la de ser ya el que imagina ser. Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso... lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo”.

Como podemos apreciar, el terreno ya estaba arado para la gran siembra intelectual que Ortega legaría a los argentinos. En 1939 brinda en La Plata una conferencia titulada “Meditación del pueblo joven”. Allí deja las sentencias que se volverían más famosas como síntesis de su mensaje: “Yo soy yo y mi circunstancia. Y ni no la cambio a ella, no me cambio yo” y, por supuesto, “Argentinos, a las cosas”.

LO INÉDITO

Arrinconados por un malestar que brotó desde lo más profundo de aquella interioridad señalada por Ortega, una mayoría de los argentinos se decidió finalmente y fue “a las cosas”. Luego de la oscuridad vivida, sentida, sufrida, en ese

desequilibrio mayúsculo que resultó el trauma 2020, la sociedad comprendió súbitamente otra de las ideas centrales del español: si no cambiaban las circunstancias, no podrían cambiarse a sí mismos.

A sabiendas de los riesgos que entrañaba, por primera vez se atrevió a votar aquello que tanto detestó siempre una sociedad arquetípicamente de clase media: el ajuste.

Lo que observó Ortega en su primer viaje, la propensión a darle a lo económico un peso desproporcionado en relación al resto de los temas, esta vez tendría una amalgama novedosa que terminaría propiciando la repentina aparición de lo inédito.

El citado malestar tenía que ver con el dinero, sí. Pero este colectivo, que por definición y por construcción anhela “vivir bien” o, puesto en los términos de Edgar Morin, organiza su deseo alrededor de “la poesía del buen vivir”, incursionó en lo desconocido. Aquello que resultaba una incógnita en sí mismo prometía algo que no atrae en absoluto a la sociedad argentina: restricción y austeridad.

Afectada porque se había tocado una fibra más profunda que la de los ingresos, en un momento límite en el que se experimentaron al máximo la fragilidad y la vulnerabilidad humanas, el corpus social argentino se encaminó hacia allí, impulsado por un dolor y un enojo que se vinculaban con lo moral y lo espiritual.

El Estado no se había involucrado únicamente con su capacidad de consumo, sino con algo más grave: la vida íntima. La afectación sobre la libertad, la prohibición para

despedir a los fallecidos y el cierre de las escuelas fueron una bomba que implosionó bajo la superficie. Su estruendo fue silenciado, pero ensordeció inframuros. De ese modo, la trama de sentimientos y voluntades se preparó psicológica y emocionalmente para el “no hay plata” que llegaría desde el inicio del nuevo ciclo.

Problemas económicos en esta tierra hubo muchos, casi desde siempre. Si el pensador ibérico se sorprendió por esa centralidad de la economía en 1916, cuando la calidad de vida en la Argentina era comparable a la de las principales potencias europeas, era previsible que en contextos peores el desequilibrio se agudizara. Sin embargo, nunca una decepción material –y hubo muchas desde entonces– había llevado a la sociedad a “romper todo”. La concepción punk que adquirió el 56% de la población en 2023 fue y es una extrañeza. Como inmortalizaron los Sex Pistols, aquel “no hay futuro” invadió el espíritu y llegó hasta las entrañas para provocar una disrupción, un quiebre en el sistema, un “gran *reset*”.

Los hechos y sus consecuencias requieren ser analizados bajo este enfoque. El de lo inaugural. El del vacío que ofrece la página en blanco. La incertidumbre se despliega por doquier. No hay vinculación con el pasado que resulte útil para imaginar futuros posibles.

No obstante, nada ocurre en la asepsia total. Hay referencias históricas que pueden utilizarse. Existen influencias múltiples que se decodifican en los gestos y en los hechos de quien lidera el singular proceso. Entre ellas, la experien-

cia de los años noventa, denostada mayoritariamente durante dos décadas, así como la de la llamada “era dorada” del país: 1880-1930. También hay reflejos de movimientos populares y masivos que han seducido a los argentinos muchas veces. Y numerosos puntos de contacto con una ola ideológica global que no cesa de adquirir volumen.

Esos ecos de la historia y del presente se mezclan con la velocidad y la aceleración que impone el mantra contemporáneo: la tecnología. La filosofía del silicio signa la época.

La transformación digital, la cultura de las redes sociales, la lógica algorítmica y la irrupción de la inteligencia artificial se hibridan tanto con las profecías de Parravicini como con las reminiscencias del imperio romano. El hombre gris, Julio César, Alberdi, Sarmiento, Menem, Trump y Elon Musk: todo junto en un enjambre del que emanan múltiples sentidos y significados.

Ya lo dijo hace más de tres siglos Immanuel Kant: “Se mide la inteligencia de un individuo por la cantidad de incertidumbres que es capaz de tolerar”. Entre ellas hay una central para la identidad nacional: ¿qué ocurrirá con la ya golpeada y vapuleada clase media?

EL FUTURO DE LA CLASE MEDIA

El 24 de agosto de 2015 fue un “lunes negro” para las bolsas del mundo. El pánico comenzó en Asia: surgieron dudas en los mercados sobre las posibilidades que tendría China para continuar con su tasa de crecimiento del 7% de promedio

anual, y eso puso muy nerviosos a los agentes financieros. La bolsa de Shanghai bajó un 8,5% ese día; al siguiente, continuaría la “resaca” y retrocedería otro 7%.

A propósito de lo que podría ocurrir en un país que había sacado a 800 millones de personas de la pobreza extrema desde que Deng Xiaoping abrazó la economía de mercado al asumir en 1978, diversos analistas comenzaron a realizar especulaciones relevantes sobre el impacto del proceso de movilidad social ascendente en la política.

Uno de ellos fue el economista francés Jaques Attali, quien, entre otras cosas, fue asesor del presidente François Mitterrand durante diez años, entre 1981 y 1991. A modo de advertencia, proclamó lo que podría tomarse como un axioma social y político, válido para cualquier gobierno del mundo y más aún para cualquier gobierno argentino: “Nada es más peligroso, para cualquier régimen, que arruinar a la clase media, columna vertebral de todo orden social”.

Los integrantes de este complejo corpus social, que a medida que crece y gana diversidad en simultáneo incrementa su complejidad, pueden tolerar crisis económicas, recesiones, ajustes y momentos de austeridad. Pero tienen un límite. Uno difícil de descifrar en los cálculos previos.

Luego del largo ciclo de crisis y decepciones a la que se la expuso durante las últimas décadas, y frente a la posibilidad de un nuevo amanecer que la convenció de atreverse a lo inédito, la pregunta que debemos hacernos es: ¿la clase media saldrá fortalecida del salto al vacío que se atrevió a realizar, o quedará aún más frágil, al borde de la pérdida de

gravitación en el imaginario de ese ser argentino que tanto inquietó a Ortega?

¿Seguirá siendo una realidad? Es más, ¿consolidará y solidificará su imbricación con la argentinidad dotando a la escena de un nuevo brillo, trayendo un fulgor que desplaza la opacidad, que regenere el entusiasmo, el orgullo y el anhelo de futuro?

¿O acaso se transformará únicamente en un mito de la narración nacional, una historia que contarnos para contentarnos y calmarnos?

¿O, aun peor, quedará, lastimosamente, como un mero recuerdo del pasado?

¿Será, tal vez, la nostalgia de esa eterna promesa nacida para no ser? ¿Se encarnará así, como el lacerante dolor de lo que podría haber sido, pero nunca jamás sucedió?

De buscar las respuestas a interrogantes tan críticos para nuestro futuro se trata este ensayo.

UN ENSAYO

Como género literario, el ensayo es siempre una aventura. Toda aventura seduce y expone. Contempla posibilidades, explora caminos y entraña riesgos. Más aún en tiempos de vértigo como los actuales en que lo nuevo se vuelve viejo en su propia gestación.

Escribir sobre la sociedad argentina, su cambiante carácter, su volátil humor, sus opiniones siempre sujetas a revisión y su ciclotímica emocionalidad, tan adepta a los

extremos de lo pendular, es un ejercicio desafiante; por definición, arriesgado y sujeto a la refutación de los hechos que trae el paso del tiempo. Siendo plenamente consciente de ello, me he embarcado en esta tarea, que tiene la impronta de la osadía, tres veces.

La primera, en mayo de 2002, cuando, con cierto desparramo juvenil –tenía apenas 30 años–, publiqué *No son extraterrestres, aunque a veces lo parezcan. Argentinos hoy*. Era mi primer libro, y lo escribí sobre las brasas de la erupción volcánica de la peor crisis del país.

La segunda, ya con veintidós años de carrera profesional, se produjo en 2014: *Argenchip*. Allí me zambullí en el texto con la esperanza de que se lograra aprovechar lo que ya entonces, de la mano de la demanda de soja de China, Vaca Muerta y las reservas de litio, entre otros recursos, asomaba como una chance concreta, real. De hecho, ese concepto fue parte del subtítulo: *De la Argentina circular a la oportunidad histórica*.

Ahora, en 2025, más de once años después de ese conjunto de ideas impulsadas por la expectativa, vuelvo sobre el tema por tercera vez. Lo hago con un tono quizá más maduro y reflexivo. No he perdido la pasión por esa eterna promesa siempre a punto de ser, pero los años me han enseñado a matizar las posibilidades con las contingencias del entorno y las vicisitudes de lo humano. Regreso a estos tópicos, en primer lugar, porque es un elemento relevante, aunque lejos de ser el único en mi objeto de estudio y trabajo.

Desde hace más de tres largas e intensas décadas estamos investigando con nuestros equipos multidisciplinarios –sociólogos, antropólogos, psicólogos, especialistas cuantitativos, marketineros, expertos en negocios– de qué se trata ser argentinos. Y cómo eso impacta tanto en las marcas, su comunicación y sus opciones estratégicas, como en el humor social, los valores de época y las orientaciones de la política. Articulamos esas incursiones en la praxis con un marco teórico diverso y heterogéneo, así como los hallazgos y los puntos de referencia globales que nos señala el Lab de Tendencias Almatrends, fundado por la *trend forecaster* Sil Almada.

Utilizamos una gran diversidad de metodologías para abordar algo que es voluble, inestable, en constante mutación. Mantenemos el foco tratando de precisar cada vez más el modo de dilucidar su esencia. En segunda instancia, retomo el tema de la clase media y su vínculo con la identidad nacional, porque entiendo que este momento inédito tiene la configuración de un laberinto.

Siendo la velocidad una de sus características estructurales, vale la pena recordar algo que dijo Carlos Reutemann sobre la naturaleza de la Fórmula 1. El fragmento del video comenzó a circular en X a propósito de la repentina y prometedora aparición de Franco Colapinto en la máxima categoría del automovilismo durante el año 2024. El carisma y el coraje de Franco provocaron el reencuentro de los argentinos con esa disciplina tan cara a sus afectos. Un amor y un fanatismo que estaba dormido y que tiene su origen en las proezas y los éxitos de esa leyenda que fue Juan Manuel Fangio.

El hecho, además de ser un extraordinario suceso deportivo, mediático y publicitario, adquiere la poderosa dimensión de un símbolo. Colapinto acelera, la Argentina, también.

Reutemann brindó la mencionada entrevista, algo poco frecuente en él (se la puede ver completa en YouTube), al periodista especializado “Cacho” González Rouco. Allí, varios años después de su retiro, hacía un balance integral de su carrera. En un clima intimista y reflexivo, ese hombre de pocas pero precisas y pensadas palabras, dice:

¿Qué es la Fórmula 1? La Fórmula 1 es un laberinto visto desde arriba. Al menos, la que yo viví. Desde arriba es muy fácil ver un laberinto. Cuando entrás en la Fórmula 1, vos te metés en un laberinto, y el laberinto tenía, en aquella época, el éxito, la fama, la plata, que la tiene hoy actualmente, y la muerte. Está todo adentro... también el campeonato... ese es el laberinto al que uno entra en la Fórmula 1.

Luego cita a varios pilotos, tanto de su generación como anteriores. Y concluye diciendo:

Algunos están muertos, otros parapléjicos, otros quedamos con vida; tampoco gané el campeonato, pero bueno... Cuando crucé Las Vegas, me dio la impresión y me dije: fuiste un tipo que tuvo mucha suerte, pero que ganes el campeonato ya hubiera sido demasiado.

En este momento, para poder procesar las consecuencias del *shock*, es necesario tomar distancia, tal como recomendaba el piloto oriundo de Santa Fe. Para observar en perspectiva lo que está sucediendo con la mayor agudeza posible, hay que ganar altura y distancia. Mirar el laberinto desde arriba. Ese es el intento de este ensayo.

Sé perfectamente que cualquier reflexión que se haga hoy trae intrínseca una sustancia condicional. Al fin y al cabo, como dice el escritor irlandés Brian Dillon en su libro *Ensayismo*, publicado en 2023, de eso se trata un ensayo: de un ejercicio siempre abierto y provisional. Sus palabras definen con claridad la filosofía de este género literario:

Imaginemos un tipo de escritura tan difícil de definir que su propio nombre tendría que resultar un esfuerzo, un intento, un proceso. Una conjetura o un riesgo, seguido probablemente de un fracaso. Imaginemos lo que podría rescatar del desastre y conseguir en cuanto a forma, estilo, textura y, por tanto, en cuanto a pensamiento.

El ensayo, como nos informan todos los artículos, tratados y conferencias sobre el tema, es etimológicamente una prueba o comentario textual ingenioso sin pretensión de ser definitivo ni ambición de agotar su tema.

El ensayo es diverso y distinto; abunda.

Pero, por supuesto, también prueba. Y renuncia. Son muchos los pasajes en los que los grandes ensayistas anuncian la naturaleza tentativa de su método o forma.

Allí radican para el autor tanto la prueba como la seducción que lo convoca, que lo atrae a escribir un ensayo. Como advertía Borges, algo que se sabe de antemano, firme y provisional, a la vez. Con su elegancia habitual, así lo plasmó en una cita que es válida para el ensayo y para todo pensamiento. Una de sus –tantas– lecciones de vida. “Nada está construido en piedra. Todo está construido en la arena. Pero debemos construir como si la arena fuese piedra”.

Por último, decidí embarcarme por tercera vez en los meandros de lo que somos y lo que podríamos ser, porque aquí nací, aquí me criaron, me educaron y me formaron mis padres, aquí estudié y aprendí, aquí trabajo, aquí tuve a una buena parte de mis maestros y mentores, aquí me casé y constituí mi familia. Aquí vivo.

La historia de mis abuelos, mis padres y mía es un fiel reflejo del proceso de movilidad social ascendente que durante décadas generó progreso y evolución en millones de argentinos con base en la educación, el mérito, el esfuerzo y el trabajo.

Puesto que soy parte de lo que procuro analizar, no soy ajeno a nada de lo que describo. Lo hago con respeto, delicadeza y el mayor rigor profesional que está a mi alcance.

Este es mi país y mi gente.

Espero contribuir con el presente ensayo a pensarlo mejor.

GUILLERMO OLIVETO

1° de febrero de 2025